

SUPLEMENTO

A LA GACETA DE MADRID DEL JUEVES 4 DE JUNIO DE 1829.

HONORES FÚNEBRES

HECHOS AL CADÁVER DE NUESTRA AUGUSTA SOBERANA,

LA SEÑORA

DONA MARIA AMALIA DE SAJONIA,

REINA CATÓLICA DE ESPAÑA.

ARTICULO DE OFICIO.

Herido del dolor mas profundo el Rey nuestro Señor por la inesperada pérdida de su amada y virtuosísima Esposa en la primavera de la edad, dió las órdenes convenientes para tributar al Real cadáver los honores que dictaba su amor, y que exigia la alta dignidad de la malograda Soberana. Para entregarse del cadáver, y conducirlo desde el Real sitio de Aranjuez al panteon del Real monasterio de S. Lorenzo, nombró S. M. al Excmo. Señor marqués de Valverde, conde de Torrejon, mayordomo mayor de la difunta REINA nuestra Señora, y para secretario de la entrega al Excmo. Sr. D. Francisco Ibañez de Leiva, consejero de Estado, que sirve la secretaría, notario público de la Real Persona de S. M. y de los reinos.

A las seis de la mañana del 17, la Excmo. Sra. camarera mayor, marquesa viuda de Bedmar, hizo entrega del cadáver regio, en presencia de dicho señor secretario, al señor mayordomo mayor, quien la hizo seguidamente á la noble y antigua guardia de monteros de Espinosa, segun estilo. Conducido luego á un gran salon del palacio, y colocado sobre un rico lecho de caoba, adornado de bronces, encima de una tarima alfombrada, se situaron cuatro de dichos monteros, que hacian la guardia de preferencia, á los ángulos de la tarima, y cuatro cadetes de guardias de la Real Persona, dos á cada lado del lecho; permaneciendo ademas en la sala el señor mayordomo mayor y el exento que estaba de servicio.

Dióse á las diez y cuarto entrada al público, que se agolpaba ansioso por gozar de la última y dolorosa vista de su idolatrada REINA, poco antes su tutelar y su modelo, y ya objeto de su pesar. Cédidas las sienes de una guirnalda de flores y espigas de oro, y vestido de un rico traje de seda blanco, floreado y guarnecido de oro igualmente, permaneció expuesto el Real cadáver entre 12 blandones con hachas de cera blanca hasta las ocho y cuarto de aquella noche, es que por disposicion del Sr. mayordomo mayor y á presencia del Sr. secretario de entrega, fue trasladado á una caja de plomo. Soldada esta, y reconocido del último, del exento de guardias de la Real Persona y de los monteros de Espinosa el cuerpo de la augusta Difunta por una visera de cristal, se depositó en otra caja de madera forrada de tisú de oro matizado de flores, guarnecida con un galon ancho de oro brillante y con asas y bronces dorados. El Sr. mayordomo cerró esta caja con dos llaves que guardó, é hizo colocarla sobre el lecho, cubierto anticipadamente con un rico paño y almohada de la misma tela que la caja.

Así, y con el anterior aparato y custodia, permaneció el cadáver hasta las doce de la noche; á cuya hora llevado por los monteros al pie de la escalera, fue puesto en una elegante estufa de caoba en forma de urna sepulcral con antepechos broncesos y hachas amarillas en los ángulos, adornada con las armas Reales en bronces, terminada en su cerramiento por una corona Real, guarnecida en la parte inferior con caidas de tela negra franjeada y cogidas por cordones y borlas de oro, y tirada sobre un carro magnífico por seis mulas con paramentos negros. Desde la puerta

del palacio hasta el puente verde de Aranjuez, se hallaban formados los granaderos de la guardia Real de infantería, los cazadores provinciales de ella, los voluntarios realistas de aquel pueblo, y un escuadron de coraceros de la guardia Real, los cuales todos hicieron al paso los honores de ordenanza.

La traslacion á esta corte se hizo sin pompa, acompañando el cadáver los Excmos. Sres. mayordomo mayor, camarera, marques de la Lapilla y Monesterio, caballero mayor de S. M. difunta, y secretario de entrega; y custodiándole los monteros de Espinosa y una partida de guardias de la Real Persona, mandada por el exento. Ni el número y brillo de la comitiva, reservados para la última intencion al Escorial, pudieron entonces atraer, ni la deshora é intemperie de la noche arredrar al numeroso concurso de todas clases de personas, que cubria por donde quiera el camino, llevadas solamente por el anhelo de acompañar las reliquias de su amor, de su veneracion y de sus lágrimas. Pero se acrecentó extraordinariamente la confluencia al llegar á la ermita de nuestra Señora de los Angeles, distante dos leguas de la capital, hasta donde el pueblo siempre fiel de Madrid, se adelantó á encontrar los restos percederos de aquella idolatrada REINA, á quien por los mismos sitios, poco mas de tres semanas antes, saliera á despedir con la dulce queja de una ausencia temporal, y ya recibia con los ayes inconsolables de una perpetua separacion.

Llegó el Real cadáver á esta corte á las seis y cuarto de la mañana del dia 18; y sacado el féretro de la estufa ante la escalera principal de palacio, donde le esperaba la guardia correspondiente, fue trasportado á la sala de damas, y puesto en una gran cama imperial de tela de plata, elevada sobre una tarima alfombrada de negro, entre dobles filas de blandones con hachas blancas y amarillas. El féretro fue cubierto con el paño y almohada de tisú, y custodiado por los monteros de Espinosa y cadetes de la Real Persona; los dos monteros de la cabecera sostenian en bandejas el centro y la corona de oro: acompañaban, sentadas á la derecha, las Excmas. Sras. camarera mayor, damas de la REINA marquesa de Castelar y condesa de la Puebla, y Sra. de honor condesa de Negri: el exento de guardias permaneció de pie al lado opuesto. Dos reyes de armas con sus mazas, y dos individuos de la hermandad Real de criados de SS. MM. estaban al extremo de la tarima; delante de la cual habia tendido la piedad religiosa los cetros de plata de todas las cofradías y congregaciones que S. M. ennobleciera, inscribiéndose como su protectora y hermana mayor.

Así dispuesto el aparato lúgubre, y asistiendo los Excmos. Señores gentiles hombres de cámara, conde de la Puebla del Maestre, duque de Villahermosa, duque de Montemar, y conde de Revillagigedo, los mayordomos de semana D. Luis de Goyeneche, D. Manuel Centurion, D. Ramon Valdés y D. Joaquin Montenegro, nombrados para acompañar el Real cadáver, con los otros mayordomos de semana y gentiles hombres de casa y boca, se dió principio á la celebracion de misas en cinco altares levantados en

la sala, hasta la hora en que se permitió libre entrada al público. No bastaron dos días para satisfacer el ansia universal por ofrecer á las augustas cenizas de la Soberana el homenaje de respeto y dolor, interrumpido por los ruegos y por la esperanza de su eterna felicidad, merecida por sus virtudes: en la madrugada siguiente corría en tropas el pueblo, cubriendo la carrera un inmenso gentío por espacio de una legua, desde el palacio y calles del tránsito hasta la *puerta de Hierro* del Real sitio del Pardo, y estrechando de uno y otro lado con sollozos la comitiva funeral. Muchos la siguieron en carruages hasta el monasterio de S. Lorenzo, para dar el último adios á su desaparecida Madre, y bañar con su llanto el lugar mismo de la sepultura.

Reunidos á las cinco de la mañana del 20 en la sala fúnebre los Excmos. Sres. mayordomo mayor y caballero mayor de S. M., secretario de entrega, Patriarca con la Real capilla, gentiles hombres, camarera mayor, damas, señora de honor y mayordomos de semana ya mencionados, doce gentiles hombres de casa y boca de S. M., ocho individuos del Real cuerpo de monteros de Espinosa, los Sres. alcaldes de casa y corte D. Alfonso de Cavia y D. Fernando Pinuaga, y la hermandad Real de criados de SS. MM. con hachas encendidas, se levantó el régio cadáver, después de cantado un solemne responso, por mano de los Sres. mayordomos de semana, ayudados de los gentiles hombres de casa y boca, quienes lo bajaron hasta el fin de la escalera por entre la Real compañía de Alabarderos que estaba formada en la galería, rodeado de los señores gentiles hombres de cámara, custodiado por la guardia correspondiente, y precedido de la cruz patriarcal, á que seguían doce capellanes de honor. Recibiéndole allí cuatro caballeros de campo, colocaron en la estufa la caja, cubierta con el mismo paño y almohada.

Abrieron la marcha como batidores, cuatro cadetes de guardias de la Real Persona; á quienes seguía á caballo la Real hermandad de criados con hachas amarillas, y los dos alcaldes de casa y corte en caballos con gualdras negra, precedidos de una ronda de veinte y cuatro alguaciles. Iban luego á pie, hasta tomar carruages en el camino, los religiosos de varias órdenes con iguales hachas encendidas; la cruz patriarcal y los capellanes de honor presididos de su prelado el Sr. Patriarca; todos en caballos enlutados; la Real estufa con la guardia y acompañamiento descrito, en caballos igualmente de luto: tras ella; además de la escolta de costumbre, marchaban dos escuadrones de guardias de la Persona, seguidos de muchos coches de la Real casa, unos con los señores mayordomo, camarera, caballero mayor, damas y resto de la comitiva, y otros por último de respeto.

Así marchó la pompa fúnebre desde la puerta principal del palacio, saliendo por la de Segovia al camino de la Florida. Todas las tropas de la guardia Real y de voluntarios Realistas estaban formadas en la carrera con armas á la funerals; mandada la infantería por el Excmo. Sr. Capitán general interino, y la caballería por su comandante general el Excmo. Sr. marqués de Zambrano. Al paso del agosto cadáver hicieron todas las honores de ordenanza, oyéndose entre tanto la triple salva de la artillería, que en los días anteriores le había saludado cada cuarto de hora sin interrupción. Hizo pausa el convoy ante la iglesia de S. Antonio de la Florida, donde se cantó un responso; y otros al pasar delante de los pueblos de Aravaca y las Rozas, cuyo clero salió con la cruz parroquial al camino; así como el de Galapagar, adonde llegó la comitiva á la una del día, y se cantó el cuarto responso, quedando depositado aquella tarde y noche el cadáver Real en la iglesia con los estandartes de los escuadrones y la misma guardia y aparato que había tenido en el palacio de Madrid.

Ordenóse de nuevo el acompañamiento á las cuatro de la mañana del 21, dirigiéndose al Escorial de abajo, donde se hizo parada y cantó el último responso, renovándose en todos las hachas á los religiosos y demás que alumbraban el cortejo fúnebre. A las siete paró la Real estufa ante la puerta principal del monasterio de S. Lorenzo, en cuya lonja se hallaban en formación dos compañías, una de granaderos de la guardia Real y otra de cazadores provinciales. A la derecha del atrio interior estaba el R. P. Prior con capa pluvial, acompañado de los RR. PP. diputados, vestidos igualmente, y de la comunidad, colegio y seminario con cruz alta, ciriales y velas amarillas en las manos. Los caballeros de campo bajaron la caja de la estufa, que condujeron los gentiles hombres de casa y boca, y colocaron sobre

una mesa cubierta delante del prelado. Leída entonces por el diputado secretario la carta firmada de mano del Rey, y entregada por el Excmo. Sr. marqués de Valverde al Prior, en que le noticiaba S. M. el fallecimiento de su augusta Esposa, cuyo Real cadáver enviaba para que se le diese sepultura según costumbre; y manifestada luego la Real cédula del Sr. D. Felipe IV, decidiendo la disputa sobre el funeral entre el monasterio y la Real capilla, se retiró esta, después de cantar un solemne responso, oficiado por el Excmo. Sr. Patriarca. Retiráronse también los religiosos, que formaron hasta allí parte del séquito. La comunidad entonó en seguida el *Miserere*, conduciendo por el patio de los Reyes á la iglesia el cadáver de S. M. llevado por los gentiles hombres de casa y boca, rodeado por los gentiles hombres de cámara y mayordomos de semana, y escoltado por la guardia que nunca le desamparó.

Bajo el cupulino del gran cimborio, en alfombra de fondo negro, y sobre tarima vestida de este color, se levantaba una alta mesa de plano inclinado, cubierta de un rico paño de tela negra de plata. Sobre ella se colocó el féretro, cubriéndole con el paño de tisú y almohadon, en que se puso una corona Real. Los monteros, el exento y guardias de la Real Persona ocuparon sus puestos, teniendo aquellos el cetro y la corona de oro. A la derecha del cadáver estaban las Sras. camarera mayor y damas en cuatro taburetes de terciopelo; y al lado opuesto en otros iguales los Sres. mayordomo, caballero mayor y gentiles hombres de Cámara, y á su espalda los gentiles hombres de casa y boca: los Sres. mayordomos de semana se colocaron en bancos mas abajo. Ocho blandones á los lados, y el gran candelabro de bronce con nueve mecheros, puesto á los pies del túmulo, rodeaban por el exterior el aparato y acompañamiento. Todas las hachas, las de otros seis blandones junto á las gradas del presbiterio, y las velas de todos los altares eran de cera amarilla.

Concluido el *Miserere* y responso, subieron al coro los religiosos, y principiaron los matines de difuntos, cantados solemnemente y alternados con música. Siguióse después del último nocturno la misa, que celebró el R. P. Prior, oficiada con la misma solemnidad. Bajó luego la comunidad á la iglesia, y cercando el túmulo y acompañamiento, permaneció de pie con velas encendidas, cantando primero tres resposos y después las laudes. Al principio la última antifona, los gentiles hombres de cámara, ayudados de los mayordomos de semana, tomaron la caja y la condujeron, rodeada de la guardia y comitiva, por entre la comunidad, hasta colocarla sobre una mesa delante del altar del panteon. El Sr. mayordomo mayor abrió las cerraduras, y levantada la cubierta exterior y la portezuela de la visera, reconoció por su cristal el cadáver; de quien dió fe el Sr. secretario de entrega, notario mayor de los reinos, que era el cuerpo difunto de S. M. la SRA. REINA DOÑA MARIA AMALIA JOSEFA DE SAJONIA, cara Esposa del Católico Monarca el Sr. D. FERNANDO VII, hija de los Sermos. Señores Príncipes Maximiliano de Sajonia, y Carolina de Borbon. Los Excmos. Sres. Patriarca, camarera mayor y damas, caballero mayor de la REINA, y gentiles hombres de cámara; los Sres. mayordomos de semana; gentiles hombres de casa y boca, alcaldes de corte, y el R. P. Prior y diputados de la comunidad hicieron el mismo reconocimiento.

A su presencia y de otras personas distinguidas que bajaron al panteon, recibió dicho Sr. mayordomo el juramento de estilo á los monteros de Espinosa, de ser aquel cadáver el mismo que les entregó en el Real palacio de Aranjuez; y cerrando luego la caja, puso las llaves en manos del R. P. Prior, que se dió por entregado del agosto depósito á las doce y media del día, á vista de los testigos presentes, cuyos nombres y firmas constan en el acta extendida por el Excmo. Sr. secretario. Entre tanto los escuadrones de guardias de la Real Persona, y tropa de la guardia Real de infantería y caballería, formados en la gran lonja exterior del monasterio, hicieron las descargas de ordenanza; y la comunidad, que había permanecido á la puerta del Real panteon, cantaba pausada y solemnemente con música el último cántico y preces que concluyeron 10 minutos después.

La comitiva y el numeroso pueblo que había concurrido á esta triste solemnidad, se retiraron en el silencio melancólico del dolor, privado del objeto de sus deseos, y de la meditación inspirada por la vista del inmenso abismo que separa los imperios caducos del mundo, del reino perdurable de la eternidad, destinado en mas alta region á los Príncipes virtuosos.